

Canción del pueblo iberoamericano, en Huelva

El día 30 de julio se celebró la quinta edición del Festival Iberoamericano de canción de La Rábida. Si bien este Festival había sido, en sus cuatro años anteriores un fenómeno inusitado dentro del pobre panorama de la canción en España, por su calidad, este año ha resultado excepcionalmente importante, tanto por la estatura artística de los intérpretes participantes como por el grado elevadísimo de comunicación que estos consiguieron con el público. Tanto es así que se puede afirmar que ha sido el acontecimiento más importante del año en el terreno de la música folk, de la canción popular. Han participado algunos de los cantantes más importantes de Iberoamérica y España, representantes genuinos la mayoría de ellos de la canción popular de sus países, sin concesiones a la comercialidad ni a las manipulaciones de la industria de la canción; voces que expresan el sentir de sus pueblos.

Abrió el Festival la actuación de Guadalupe Trigo, cantante y compositor mexicano que se escapa del fácil tópico de los corridos y los mariachis, y crea un tipo de canción que se puede incluir dentro de la línea del trabajo de los cantautores europeos. Aunque sus textos —al menos los que allí interpretó— fuesen algo flojos, no suficientemente depurados, su canción está llena de originalidad y de ambición. Interpretó un impresionante tema de Pablo Neruda, un recitado acompañado de guitarra y de la voz de su mujer, Violeta. Cantó dos canciones-homenaje a los poetas Pablo Neruda y León Felipe, ambas fueron acogidas con entusiasmo por el público —unas tres mil personas—, que llenaba la explanada de La Rábida. Pero su composición más interesante fue "Mi camisa", con una letra llena de la poesía de lo cotidiano, y una sugerente ruptura y amalgama de ritmos. Este fue el debut en España de Guadalupe Trigo, un cantante muy poco conocido aquí —no se han editado discos suyos en nuestro país— y cuya calidad sorprendió a todos gratamente.

Después cantó el cubano Carlos Puebla, acompañado de su combo Los Tradicionales. La su-

ya fue, sin duda, la actuación más importante del Festival, y también la más sorprendente. Estamos acostumbrados a considerar la canción que toca temas socio-políticos como algo elitista, acompañada por una música no muy cercana a los verdaderos ritmos populares; entre nosotros, la canción de consumo masivo y el mensaje o el testimonio social están, por el momento, divorciados. Carlos Puebla nos muestra cómo estos dos géneros pueden volver a unirse como deben hacerlo si es que la canción desea ser voz popular, reflejo de una realidad concreta. Sus canciones se basan en los ritmos más típicos de la isla de Cuba, aquellos mismos que escuchamos —aunque adulterados— en la voz de Antonio Machín, entre otros; pero los textos hablan de una realidad y de un combate, de la lucha de un pueblo en busca de su revolución; con textos sencillos, sin buscar el efectismo retórico o literario, Carlos Puebla canta a Fidel Castro, a "Che" Guevara, a Martí, y es capaz de hacer de un tema como la OEA —en principio tan poco cantable— una canción de éxito. Puebla y Los Tradicionales por un lado, y la Nueva Trova cubana, recuperan el verdadero sentido de la música popular, y son un buen ejemplo de lo que ésta puede ser en un país donde el pueblo ha tomado el poder.

El grupo canario Los Sabanderos —formado por más de veinte miembros— interpretó piezas del rico folklore canario e hispanoamericano. La calidad de este conjunto es excepcional, y superaron sin dificultad el handicap inicial de haber actuado después de una figura tan magistral y esperada como Puebla. Además de su genuina calidad interpretativa, Los Saban-

deños tienen otro valor no menos importante: ponen al público peninsular en contacto con la realidad —a veces amarga, y siempre fácilmente olvidada— de las islas Canarias. Sus canciones irónicas y duras, basadas en ritmos populares de las islas, tratan de temas candentes: la sequía, los problemas agrarios, la marginación del pueblo canario... Su interpretación de temas de autores hispanoamericanos, como Daniel Viglietti, es también irreprochable.

La representación brasileña no fue muy lucida en esta ocasión: Leon Luz y Erica Norimer hicieron un híbrido de pseudo-"jazz" y mala "bossa nova", tratando de seguir —muy mal— las huellas de Stan Getz y Astrud Gilberto. Su interpretación mediocre y su falta de sentimiento musical resultaba más adecuada para el escenario de un teatro ambulante de revista y variedades.

Otra de las actuaciones-punta del Festival fue la de Soledad Bravo, que interpretó varias canciones del folklore venezolano, algunas inspiradas directamente en ritmos españoles, y también composiciones de Violeta Parra. Soledad Bravo tiene una voz excelente, con la que arropa textos de gran dureza y combatividad. Su personalidad y su voz, unidas a los textos verdaderamente importantes de sus canciones, hicieron un profundo impacto en el público, que aplaudió y coreó, obligándola a cantar dos temas no previstos en su repertorio de aquella noche.

Por último, cerró el acto la voz y la presencia de Mercedes Sosa, una de las cantantes más importantes y consagradas de América Latina, que interpreta

temas folklóricos de todo el continente, rebasando el estrecho marco de la nacionalidad. Venía cansada, pues acababa de llegar de Túnez, y su actuación se sintió de ello. Estuvo digna y alcanzó un alto nivel de calidad, pero no pudo dar a sus canciones la fuerza en ella acostumbrada. Le faltó tal vez entusiasmo y combatividad.

El Festival de La Rábida ha pasado este año su prueba de madurez artística: en un momento de cambio, de búsqueda de la identidad popular del arte y de la cultura españoles —reflejos de toda la sociedad—, el organizador del Festival y delegado de Cultura del Ayuntamiento de Huelva, José Luis Ruiz Díaz, ha sabido estar a la altura de las circunstancias. El público, fuertemente sensibilizado y receptivo del mensaje popular de los intérpretes, contribuyó con sus aplausos a dar brillantez a un acto que, por todos los conceptos, puede calificarse de feliz. Sólo un desagradable detalle empañó su brillantez: la Policía, por razones que aún se ignoran, conminó a Soledad Bravo, cuando ésta se hallaba aún dentro del recinto del Festival, a que abandonase el país en un plazo de cinco días. El hecho, inexplicable y —por lo tanto— no explicado, sirvió para devolvernos a la realidad y para recordarnos que, a pesar de la aparente libertad que reinó en el Festival, vivimos en un país que aún no ha resuelto muchas contradicciones, y al que le queda un largo camino que recorrer antes de que pueda darse en él la posibilidad de una cultura y de un arte populares sin trabas, libre y efectivo. ■ EDUARDO HARO IBARS.



Soledad Bravo y, sobre todo, Carlos Puebla, acompañado de su combo Los Tradicionales, fueron las máximas atracciones del Festival de La Rábida.